

A Paco Camino: Talavante es grande

JAVIER VILLAN. Enviado especial

Cuvillo / Jesulín, Morante y Talavante.

Siete toros de Núñez del Cuvillo, tercero bis, muy serios de cabeza, de bonita lámina y terciados; quinto y sexto con más volumen. Buenos para el toreo.

Jesulín de Ubrique: silencio (bajonazo) y silencio (bajonazo en metisaca). Morante de la Puebla: bronca (media caída y trasera) y dos orejas protestadas (estocada baja). Alejandro Talavante: oreja (estocada corta y descabello) y dos orejas (estocada defectuosa). Salió por la Puerta del Príncipe.

Plaza de La Maestranza, lleno de «no hay billetes» en tarde calurosa.

SEVILLA.- Mi admirado don Francisco Camino:

Como ayer no le vi a usted en su barrera, voy a contarle lo que pasó en La Maestranza. Es libertad que me tomo, en recuerdo de viejos tiempos de Madrid, cuando usted era torero consagrado y yo un poeta a la deriva por los alrededores de Las Ventas y del Café Gijón; Talavante, cumbre.

Y Morante de la Puebla, genial intermitentemente, pues no se puede ser sublime sin interrupción. Al hilo de Talavante, torero de la predilección de usted, me permito recordar aquellos tiempos que hace cuatro o cinco días evocábamos melancólicamente gracias a José María de Juana, generoso muñidor de amistades y de almuerzos: Madrid era entonces el centro de casi todas las cosas. Y, sin ánimo de ofender, ha sido el centro de Alejandro Talavante al que Sevilla, sin ningún género de reservas, acaba de adoptar.

Dirigía yo entonces una galería de arte, Forma II, que inauguró José Díaz con una tauromaquia basada en el toreo grande de usted. Bien pudiera José Díaz, si estuviera tan lúcido como entonces, pintar una tauromaquia de Alejandro Talavante, y acaso también de Morante de la Puebla; el estoicismo sacro de Talavante, sus naturales, su muñeca de trapo, su cintura rota, su sagrado sentido de los terrenos y su casi obscena idea de la proximidad y el ajuste. Y la magia y la belleza misteriosa de la muleta y la capa de Morante.

Usted, don Francisco Camino, ya está instalado en la inmortalidad, aunque Sevilla casi nunca se lo haya reconocido; y Talavante está en vías de ello con la sanción unánime y generosa de La Maestranza.

Y paso, don Francisco, a contarle lo de Talavante, sobre todo lo del sexto, toro tardo y quedado, el más voluminoso de la tarde, aunque no el más encastado y claro. Alejandro Talavante tuvo el don divino de cambiar el signo de sus faenas, tanto la primera como esta segunda, con unos muletazos precisos. En el tercero, la faena discurría correcta pero sin hervores. Pero, como un relámpago, surgió un cambio de manos de escalofrío y los pitones sacaron chispas del oro de la taleguilla. Ahí se rompió el discurso y se rompió todo mientras los naturales iban floreciendo con un temple y un ajuste extraordinarios.

El momento de inflexión en el sexto fue una serie a cámara lenta y otro cambio de manos y un trincherazo. Muletazos a toro parado, tirando de él sin misericordia ni perdón, en terrenos cada vez más cortos y ajustados. Y un pase de pecho para tomar oxígeno y liberar tensiones. Contado así, don Francisco, acaso carezca de emoción. Es la desventaja de la palabra al contar vivencias. Es la insuficiencia de la narración al tratar de transmitir lo indefinible.

Más insistencia en el recorte de terrenos, más intensidad, más muletazos en el sitio del abismo y el vértigo, y otro cambio de manos en una baldosa, sin rectificar ni un centímetro. Y otra vez chispas de los alamares y otro natural de infarto. La espada se le fue a los blandos y el presidente concedió las dos orejas que le abrían la Puerta del Príncipe. ¿Qué otra cosa podía hacer después del derroche con el arrancado y sublime, por momentos, Morante de la Puebla? Cierto que, como dice Carlos Crivell, el arte no se puede medir por despojos sanguinolentos. Cierto, pero las orejas están reglamentadas para calibrar el alcance de las faenas redondas, incluida la estocada.

Morante pasó de un macheteo indecoroso, que duró un minuto en su primero, al gesto heroico de irse a chiqueros, casi a portagayola, en su segundo; cuerpo a tierra ante la avalancha que se le venía encima. Lo nunca visto, don Francisco, y juro que yo lo vi.

Juro que vi a Morante rodando por los suelos y, ya de pie, liarse a verónicas con más rabia que inspiración. Y media de crujío. Juro que yo lo vi. Y después, toreo por la izquierda y por la derecha, de sonidos negros, de hondura y de inspiración, engancho al toro y dejándole la muleta en el hocico cuando aquél quería marcharse. Todo esto lo vi, lo juro. Y hubo, créame don Francisco Camino, muletazos inmensos, aunque las dos orejas sean una desmesura.

Y ¿qué decir de Jesulín? Nada. Y lo siento porque quizá sea más torero de lo que sus agravios al arte de torear le han permitido demostrar. Yo le agradezco que, en memorable ocasión, dijera de mí cuando le cuestionaba su hegemonía de torero del siglo XX: «El de EL MUNDO no sabe nada de toros y a los demás, a golpe de talonario, los tengo a mis pies». Tonto. Seguro que las dos cosas son mentira.